

Notas de andar y ver

Jesús Silva-Herzog Márquez

George Steiner, coleccionista de silencios. En el primer ensayo de su colección *Pasión intacta*, publicada recientemente por Siruela, George Steiner describe con detalle de lupa el cuadro de un hombre leyendo. El autor es Jean-Siméon Chardin; el título de la obra es "El filósofo leyendo"; el año es 1734. Steiner describe el atuendo ceremonioso del lector que parece vestirse para alcanzar la dignidad de su lectura. A lado del personaje, un reloj de arena que sugiere la presencia de dos tiempos que se cruzan en la lectura: la vida del lector medida en horas, la existencia del libro medida en milenios. El libro es, en sí mismo, majestuoso, el tomo bien encuadernado de una obra portentosa. Pero lo más notable es la tela que envuelve al lector de Chardin: el silencio. En esta pintura, dice Steiner, el silencio se vuelve palpable. Ese es el elemento del lector. La genuina lectura es actividad solitaria y silenciosa: "un vibrante silencio y una soledad repleta por la vida del mundo". No hay nada de esa ceremonia de la lectura en el mundo de hoy. Leer ha dejado de ser un rito, el libro ya no es una joya empastada en piel sino una cosa que se subraya, se dobla y se mancha de café. La ausencia más siniestra de nuestro tiempo es la

' del silencio. Habitamos un mundo cada vez más ruidoso. La ciudad con su rumor permanente, la calle con sus motores y sus fábricas, la casa con su teléfono, su televisión, su refrigerador, el zumbido de esta computadora. El abatimiento del silencio ha matado el arte clásico de la lectura. George Steiner, al observar al filósofo retratado por Chardin, lamenta la extinción de su tiempo. Por eso dice que ha sido un coleccionista de silencios. Su disgusto con este siglo está anclado en una rabia auditiva: el ruido es, según su diagnóstico, la "plaga bubónica del populismo capitalista".

De esta colección de silencios habla Steiner en su libro más reciente: *Errata*. Una vida examinada, que acaba de ser publicada por la casa editorial de la Universidad de Yale. El subtítulo del libro no debe conducirnos a la idea de que se trata de una autobiografía ordinaria. No hay nada en estas memorias de registro curricular, de cronología biológica. Nada del jabón de las mañanas o del rostro de su esposa. Se trata de una autobiografía de sus meditaciones. Esto me recuerda lo que decía Jorge Cuesta sobre el Ulises criollo de Vasconcelos, aquello de que su vida era la vida de ideas que viven. "Este hombre no ha tenido sino ideas que viven: ideas que aman, que sufren, que gozan, que sienten, que odian y se embriagan; las ideas que solamente piensan, le son indiferentes y hasta odiosas." En el espejo de Steiner la vida está en las ideas pero en ellas no palpita esa sensualidad, esa apasionada indisciplina vasconceliana. Lo que hay es amorosa contemplación de lo imperecedero: la lengua, la música, el silencio, Dios. Ideas, no personas, son los personajes de sus recuerdos. En comparación con los densos ensayos o los tabiques que Steiner ha escrito, *Errata* es un libro gaseoso. Su portada, la fotografía de un libro-caracol entre cuyas páginas respira el viento, es buen indicio de su soltura. A diferencia de otros textos suyos como *Después de Babel* un libro de páginas empedradas en donde la erudición se vuelve ostentosa, *Errata* comprime lo íntimo de sus cavilaciones. En aquel libro, traducido por el Fondo de Cultura Económica, se pronuncia muy enérgicamente en contra de la teorización

literaria. Citas, argumentos, datos, pasajes de mil libros sostienen esa condena. En Errata, Steiner deja todo lo accesorio en la oficina y evoca los olores que despierta la lluvia en el universo de un niño. Ante la inmensidad del mundo, no hay summa de bestias, hechos, plantas que pueda estar completa. Así, recuerda, "crecí i poseído por una intuición de lo particular, de diversidades tan numerosas que ninguna labor de clasificación y enumeración podría ser exhaustiva". De ahí la desconfianza frente a los teorizantes. La ciencia puede elucidar el mundo de los seres sin palabras. En asuntos humanos, "la teoría no es otra cosa que intuición que se vuelve impaciente".

Nacido en París en una casa que le dio tres lenguas maternas, educado en Chicago, Harvard y Oxford, George Steiner ha dedicado sus años a leer y a escribir sobre sus lecturas. A través de sus muchos libros puede constatar que es arte la lectura del arte. El lenguaje está en el centro de su obra, es decir, su vida. La palabra, creo que dice Steiner, es la cuerda de la sobrevivencia humana. El lenguaje salva al hombre de la muerte porque es a través de él que puede proyectarse al futuro.

El capítulo más íntimo de éste, el libro más personal de Steiner, no es sobre Shakespeare o sobre Homero; es sobre lo intraducible: la música. La invención de la melodía, cita a Claude Lévi-Strauss, es el misterio supremo del hombre. Ante una sonata, el poder de la palabra se desmorona; ahí está lo más humano y lo más extraño a él: la música está más allá de la verdad, más allá del bien. "Cantar es la más carnal y la más espiritual de las realidades. Acopla alma y diafragma." La música muestra que las ciencias jamás lograrán capturar la totalidad de la experiencia del hombre. Por eso concluye: "evado imaginar las penurias, la desdicha que debe imponer la ceguera, pero me pregunto si la sordera será la más oscura oscuridad". El cumpleaños del Manifiesto. El evento editorial del año es la reedición de un viejo panfleto que ya nadie toma muy en serio. Al cumplir siglo y medio de haber salido a la luz, se ha reeditado, con grandes galas, El manifiesto del Partido Comunista. La casa que publica la edición conmemorativa es Verso, prestigiosa editorial que edita el *New Left Review* y hospeda buena parte de las reflexiones de la nueva izquierda europea. Entre sus títulos se encuentran las interesantes reflexiones de teóricos posmarxistas como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, rollos franceses posmodernos, los ensayos sobre mediología de Régis Debray, incluyendo su retrato de Charles de Gaulle y un reciente volumen antológico de crónicas de Carlos Monsiváis, titulado *Mexican Postcards*.

Esta edición moderna del Manifiesto es un acontecimiento editorial por las características de edición y por la magnífica publicitación del lanzamiento. La edición es, en primer término, una joya del diseño gráfico. La portada es relumbrante: sobre un negro opaco, una bandera rojísima que vuela con toda energía. El manifiesto puede guardarse en el bolsillo aunque está pensado para ser mostrado como un *coffee table book*, en edición de lujo destinada a ser contemplada, antes que ser leída. Además de la poderosa imagen de la camisa del libro, la edición es notable por su tipografía y la calidad de su papel. Los propios gerentes de Verso describen esta tirada como una edición sibarita del Manifiesto comunista. La editorial está pensando que el libro que salió a librerías el 1 ° de mayo (por supuesto) adorne todos los aparadores de las librerías en donde se colocarán los proyectiles —aforismos o eslogans— del texto: "Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo." "Los trabajadores no tienen nada que perder más que sus cadenas." El grito de la revolución convertido en charol del consumismo.

Pero, además de a la sobadura, la edición invita a ser leída. No hay duda de que el Manifiesto es la pieza maestra de la literatura propagandística. Una cantata llena de frases que retumban, de ideas que flagelan. El poder de este panfleto que, en su edición original, constaba de 30 páginas, está en su retórica de fuego, en su sable profético. Aunque ha caído mucho polvo, la hirviente pasión del texto sigue bullendo. Esta edición de Verso se introduce con un estudio del gran historiador inglés Eric Hobsbawm en el que explora las desventuras iniciales del panfleto de 1848, sus arrugas y su actualidad. Es imposible asumir el libreto. Sus implicaciones son totalitarias de raíz. Aquí están los ingredientes del coctel: clase elegida, desprecio de las formas políticas, fertilidad de la violencia, hermetismo de la historia. Más allá de todo esto, el Manifiesto sigue brillando por su percepción del presente; el suyo y el nuestro, quiero decir. Al describir a la sociedad capitalista, Marx y Engels nos retratan. Un mundo globalizado en el que impera la técnica y se disuelven las naciones, una economía azotada por crisis recurrentes en las que los perdedores cada vez son más. Esa incisiva mirada sociológica es hoy más actual que nunca. Leamos un párrafo. "Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. (...) En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual. (...) La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles."

¿Podría alguien negar que vivimos bajo "las aguas heladas del cálculo egoísta"?